

En torno a la madurez

Dos cartas, cogidas al azar, que me invitan a reflexionar en voz alta en torno a la madurez. La primera, de los amores y la relación de un joven de 17 años con una mujer bastante mayor que él. La

segunda es una pregunta abierta y directa sobre qué es la madurez, cómo se adquiere y cuáles son los síntomas por los que se puede afirmar que alguien está ya maduro. Vayamos, pues.

1.

No sabemos muy bien cómo describirle nuestra situación: asombrados, desorientados, perplejos, sin ideas ni pautas para actuar... Quizás un poquito de todo.

La situación es ésta: hijo de 17 años tiene una amiga y siempre hemos estado esperando que la trajese a casa para conocerla personalmente. Pero cada día la escena se repite: ella le trae hasta la puerta de casa, él se baja y ella desaparece. Por lo poquito que la pudimos observar a distancia, nos parece que es una mujer más o menos de nuestra edad. ¿A lo mejor nuestro hijo no nos la quiere presentar por ser ella mayor? ¿Deberíamos tomar alguna iniciativa? Si la tomamos, ¿íbamos a sentirnos cómodos con ella?

Nos gustaría mantenernos abiertos, tanto nosotros como nuestra puerta. La verdad es que esta experiencia nos está resultando, por lo menos, pintoresca. (L. G.)

Voy a aportarles distintos puntos de vista: al fin y al cabo no pretendo darles consejos, sino posibles apoyos para sus posturas y decisiones.

Nada de precipitarse: dejen que la situación madure: ella se deja entrever: como si, de momento, no quisiera más: la situación la percibe delicada y desea que vaya madurando; no sólo con los padres, sino, quizás también con su mismo hijo. Y sería bueno que pasasen revista a todos los prejuicios que pueden estar funcionando en el modo de vivir vds. esta situación: y llamo prejuicios a los juicios previos. Dejen que la situación madure por sí misma o por la actuación del hijo y de su amiga.

Situación pintoresca: quizás así lo parezca: o su hijo piense que a sus padres la situación tiene que parecerles, por lo menos, pintoresca: y puede estarse defendiendo de ese veredicto.

O pudiera ser que él esté tanteando salir de una protección para entrar en otra protección: menos doméstica, pero protección. También sería una situación pintoresca.

Sospecho que una mera insinuación de que han visto a su amiga, sin comentarios, le puede dar ocasión a su hijo para hablar de ella: y, si no lo hace, será mejor esperar a que se decida a hacerlo, sin ningún tipo de presión ni de agobio.

¿Y si fuese un enamoramiento romántico? Ella seductora y él inexperto: ella percibiendo el encanto de un amor entre adolescente y juvenil y él experimentando la importan-

cia de significar algo para una persona que ya sabe de la vida...

Todo eso puede ser; pero también puede ser que su hijo se haya asomado suficientemente a las jóvenes de su edad, con las que se encuentra en la vida, y las vea vacías, insulsas y sin personalidad y en su amiga esté encontrando alguien con quien hablar, coquetear opiniones e intercambiar sentimientos.

De todos modos, y en cualquier hipótesis, su hijo tiene 17 años: aunque le sigan llamando en diminutivo o «nuestro niño». Yo a vds. no les doy ningún consejo: sólo un recuerdo: mantenerse abiertos a la comunica-



Joaquín M.
García de Dios

«Las personas maduras se aceptan, se comparan, saben lo que quieren de sus vidas y tienen un profundo sentido de autonomía y libertad»

ción con él. Sólo desde esa comunicación podrán dejarle ser y enriquecerle con sus aportaciones.

2.

Estoy tan cansada de oír el tópico de siempre: «es falta de madurez», «si los padres fuesen personas maduras no harían semejante cosa», «cómo va a ser madre una adolescente que, aunque tenga posibilidad de engendrar, no puede tener madurez para ser madre»; y madurez repitiéndose siempre, exigiéndose para todo; y nadie nos dice ni en qué consiste, ni cómo se adquiere, ni qué síntomas hay de que alguien está maduro. Muchas veces lo que se nos da como una explicación, más parece una justificación para no seguir hablando del tema. (J. H.)

Una primera tentación es responderle que uno de los más claros síntomas de la persona madura es saber que lo es.

Otra posible respuesta es que la madurez es un concepto relativo y, además, formulado por comparación del mundo de los desarrollos biológicos: manzanas maduras, organismos maduros... Estos todos hacen alusión al desarrollo apropiado para su función. Y, simultáneamente, pasado su perio-

do de madurez, les tocará entrar en el período de deterioro o degeneración.

Existe la madurez que se equipara a la normalidad en el desarrollo previsible: a cumplir las expectativas normales: en tamaño, en uso de vocabulario, en experiencias medias acumuladas...

Pero refiriéndose a personas adultas, las cuatro señales de la persona madura pudieran describirse así (cito y glosó a PM en su número 61: artículo que firma Fernando de la Puente).

Madurez es aceptarse a sí mismo: en verdad, en lo positivo, con una profunda conciencia de las propias posibilidades, con una profunda conciencia de las propias posibilidades, con gran realismo —y su pizquita de humorismo— en la constatación de las propias limitaciones: que van a garantizar los desarrollos y evitar los fracasos ruidosos.

Madurez es capacidad de entrega: desde relaciones sociales abiertas, respetuosas, comprensivas, alegres... hasta el aprendizaje de compartir experiencias, aventuras, sentimientos... Aprender a fiarse y merecer que se fien de uno.

Madurez es un marco de referencia de valores: una filosofía de la vida, un sentido de los sucesos, del estar y vivir, del quehacer: eso que se llama el propio proyecto de vida, asentado en una visión de la misma y en una pretensión suficientemente alentadora como para merecernos la pena vivir y vivirnos en nuestra vida: la que lo es de verdad.

Madurez es lograr la autonomía personal: con un sentido de libertad personal que no está hipotecado por dependencias de ningún género: con una experiencia de toma de decisiones válida y revalidada con cada nueva experiencia: sabiendo discernir las maneras interiores y exteriores que amenazan o atentan nuestra autonomía.

Así se describen cuatro variables integradoras de la madurez de las personas. Y como muy bien insinúa el símil: no se nace maduro, sino que se llega a madurar: hay acciones y condiciones que favorecen la maduración: y hay maneras de actuar y circunstancias que la impiden y la retardan.

De momento, utilizando estos cuatro criterios como punto de referencia, no resulta tan imposible comprender lo que significa la madurez y hasta intentar autoevaluar hasta qué cotas de madurez estamos llegando cada uno de nosotros. Un poco más de riesgo supone intentar evaluar la madurez de los demás.